

Francisco Umbral

**La República
Bananera
USA**



«Hermosa, grande y pistolera América, te ha llegado el momento de desenterrar el hacha atómica de guerra y asesinar de nuevo a Toro Sentado, mientras los tramperos de Arkansas y los caballos de Arizona tiemblan de deicidios. América, América, la democracia más putrefaccionada y poderosa de la Tierra. Desde el asesinato de Lincoln al suicidio de Marilyn, no has dejado de ser un tejido de irlandeses borrachos, italianos mafiosos y negros zumbones. Todo eso vuelve ahora como un regüeldo del cielo. Atlántida equivocada, errata de Platón, América, eres una Lolita putzada».

Francisco Umbral, con una mayor penetración psicológica que nunca, avisa nada más llegar Bush hijo a la presidencia de los Estados Unidos de América que el Imperio necesita una guerra para que su economía funcione y predice el enfrentamiento armado que llega cuando el 11 de septiembre de 2001 son destruidas las Torres Gemelas de Nueva York. «La República bananera USA» no es sólo la historia de la caída del símbolo norteamericano y de la guerra contra Afganistán, antiguo aliado, sino la historia de un sistema político que aboga por la muerte como forma de riqueza. Umbral afirma: «En su toma de posesión, Bush promete más poder militar, menos impuestos y «compasión» con la pobreza. Es la tríada más reaccionaria que se ha lanzado nunca desde la butaca del mundo. (...) Lo que quiere decir Bush, realmente, es que la industria armamentista es clave en la economía americana, y que así va a haber más trabajo para todos, más comercio y más dinero». Cuando caen las Torres Gemelas, se cumplen los deseos de Bush: ya tiene la excusa necesaria para desplegar sus ejércitos por los países que son su interés estratégico. Es la hora del poder militar.

Umbral traza durante dos años con maestría el mapa de la guerra entre Occidente y Oriente y avisa de cómo será la guerra del futuro. «La República bananera USA» es historia

contada en el momento en que se produce, crónica rápida y en caliente, una de las obras maestras de Francisco Umbral.

La república bananera USA

El espectáculo mundial que están dando los Estados Unidos con sus elecciones supone, para la izquierda europea, un grave fallo de la democracia americana. Fidel Castro, el mejor escritor de su famosa revista Gramma, ha definido a USA como «república bananera». Perdona, Fidel, tío, pero no estoy de acuerdo. En cualquier república bananera se organiza mejor la corrupción, todo el mundo cuenta con ella y las elecciones salen. Apañadas, pero salen.

En Estados Unidos, la democracia ha sido más fuerte que los demócratas y se vuelve al rusticano procedimiento de contar votos a mano —en el país de la informática— porque el gentío quiere legalidad. Toda la resaca del deshonor americano, que para mí queda resumido en El honor de los Prizzi, está mareando las costas del Este y del Oeste. Por el interior del país vuelven a correr los búfalos en celo, y la gente se comunica las votaciones mediante hogueras cherokees. Estas elecciones catárticas ponen en pie el cadáver de Kennedy, del otro Kennedy, de Martin Lutero King, de los fontaneros del Watergate y de una abuela mormona de Mónica Lewinsky. Norteamérica es una mierda, pero eso ya lo sabíamos.

El camarada Fidel, en su isla, se fue a la playa el día de las elecciones, «por hacer como casi todos los americanos», con lo que aludía a la monstruosa abstención.

Pero se equivoca Fidel, ya digo, definiendo a USA como «república bananera», porque en esas repúblicas se hacen mejor las cosas, un tapado es un tapado, un pucherazo es un pucherazo y un presidente títere es un presidente títere.

Todo el mundo lo sabe todo y las cosas van marchando. No es una democracia europea, pero es una democracia peculiar, asintomática, racial. Esta vez, los Estados Unidos han decidido probar la democracia/banana y les ha salido un pan como unas hostias. En la también magnífica novela *Wall Street*, el gran financiero le dice a su delfín:

—¿No pensarás que esto es una democracia?

Los padres americanos de la democracia no creen en ella, como muchos cardenales pontificios no creen en Dios. Precisamente al que está en el interior de la caseta no le puedes obligar a que crea en el títere. Pero los cubanitos y gusanitos del eterno bacilón de Miami están sacando a votar a los muertos, porque un muerto es el ciudadano más formal, mayormente con un gobernador hermano del candidato. En Florida es donde han montado el pollo, el cirio, pero ya toda América venía en procelas y los jueces siguen firmando sentencias para la silla eléctrica. Hermosa, grande y pistolera América, te ha llegado el momento de desenterrar el hacha atómica de guerra y asesinar de nuevo a Toro Sentado, mientras los tramperos de Arkansas y los caballos de Arizona tiemblan de deicidios.

América, América, la democracia más putrefaccionada y poderosa de la Tierra.

Desde el asesinato de Lincoln al suicidio de Marilyn, no has dejado de ser un tejido de irlandeses borrachos, italianos mañosos y negros zumbones. Todo eso vuelve ahora como un regüeldo del cielo. Atlántida equivocada, errata de Platón, América, eres una Lolita puteada.

13 de noviembre de 2000

Más Bush

Tenía que ser y lo sabíamos todos desde el lío aquel con los votos en Miami. La derechona norteamericana, que es a la española lo que el Empire State a la Torre de Madrid, ha tomado el Poder con todas las consecuencias y todos los misiles. El bombardeo de Bagdad es una eyaculación retardada que ha relajado a los pollones del Pentágono. Al fin, volver a matar en pleno desparrame, volver a la muerte, que es como volver al tabaco, al alcohol o al abuso de menores. Uf, qué alivio.

Porque el Imperio en acto es matar. El Imperio en acto no es ayudar al Tercer o Cuarto Mundo mediante caridades monjiles y «verdes» que seguramente viran al rojo. El Imperio en acto es la paz, y la paz no puede ser sino la pausa entre dos guerras. Bush ha empezado a trabajar por la paz nada más sentarse en el despacho oval:

—A ver, ¿dónde montamos una guerra?

Y han vuelto al de la boina, porque tampoco tienen mucha imaginación. La paz es una tarea interminable, el fruto mortal de la guerra, porque, como diría Fernando, lo que al final traen no es la paz sino la Victoria. Un Imperio no admite otra actitud o pose que la Victoria. He recordado aquí el otro día la observación de Gracián: «César se tapa la calva con sus laureles». Bush se tapa el cráneo privilegiado y la calvicie de neuronas con hojas de los cedros del Líbano.

Vivíamos en paz mientras felaban a Clinton, pero la paz no es productiva y no se puede seguir calcando al obreraje con los bajos salarios. La guerra es la única fuente pacífica de dinero, como ya lo dijera Heidegger: «La guerra es la

paternidad de todas las cosas». El pensador de la Selva Negra era un nazi inspirado. Marinetti había dicho que «la guerra es la única salud del mundo». Bush no los ha leído, ni puta falta, pero no otra ha sido la política USA a lo largo de los tiempos, desde que yo vi fascinado la primera peli de la guerra de Corea: la guerra como paternidad de todas las cosas. Habiendo guerra hasta los rascacielos crecen, que ya Woody Alien se ha quejado de que ahora hacen los rascacielos de Manhattan más altos.

La guerra es la paternidad del dólar, de la leche condensada, del acojone europeo, del desembarco de Normandía, la guerra es la paternidad del petróleo, de la explotación en América del Sur, la guerra es la paternidad de Solana, de la OTAN, de la Ley Seca, de Rota, de la victoria del Golfo y de la saga interminable de los Kennedy. La guerra es la paternidad de esa casi adolescente soldado árabe que el uranio empobrecido convierte en muñeca rota. La razón de ser de todo Imperio —romano, español, yanqui— es la muerte. La muerte es el sello legal de los documentos imperiales.

Wojtyla dejó a los yanquis sin enemigo, con el Imperio a medias, acabando con la URSS. Los curas es que no deben meterse en política. Que aprenda el Papa de los curas vascos.

Pero Rusia y Japón ya han engrasado la escopeta atómica para contestar a Más Bush, que también ellos necesitan una guerra para conquistar la paz. Más Bush, o sea Bush II, ha puesto el mundo en numerosa guerra nada más llegar, cosa de una semana. Un mundo en guerra es un mundo en orden. La paz sólo cría huérfanos. Al fin vuelve la ardiente paternidad de todas las cosas. Gracias a Dios.

19 de enero, 2001

La hamburguer

La hamburguer americana, de todas las marcas, fue la comida basura de mi hambre y de tantas adolescencias. Con una hamburguer y una pepsi fuimos tirando hasta que murió el difunto. Luego, los que podían, compraban la carne fresca y se hacían la hamburguesa en casa. Ahora, con la cosa ésa esponjiforme, también este bocadillo americano y excesivo se ha vuelto peligroso.

A uno le parece lo más grave de todo lo que viene pasando con las vacas locas: lo de la prohibición o alerta de la hamburguesa, me refiero. Porque en toda juventud, en toda adolescencia hay la edad del pavo, la edad del ligue, la edad del winston, la edad de la paja y la edad de la hamburguer. Por influencia del cine americano, eso de comerse una hamburguer solo, en la marginalidad del barrio, llorando sobre la coca o la pepsi, es un gesto de rebeldía con causa, de mirar hacia atrás con ira (cuando apenas tenemos un atrás, un pasado), un primer arranque de hombridad y «ahora se van a enterar». Incluso la hamburguer en el establecimiento más caro y aséptico nos hace marginales, a cierta edad, emancipados, malditos, huérfanos de novia. Pero ahora, clausurado ese bocadillo, o desaconsejado, nuestra juventud apolítica, secretamente americanizada, se va a hacer rebelde de verdad, acabará en la extrema izquierda que no existe, se inventará una kale borroka para madrileños, se convertirá en un peligro para el Estado. También puede ser, según las ideologías que ya no hay, que se produzca el fenómeno contrario, un aburguesamiento de la adolescencia párvula de Bukowski, una vuelta al

hogar y a la sopa boba, al amor conyugalísimo de la novia de quince, una mejora de las matrículas en los colegios religiosos, matrículas que están bajando escandalosamente por culpa de una Constitución laica que hicieran los rojos de la Transición.

En cualquier caso, nuestras mocedades viven el patriotismo de la hamburguesa, se cuelgan de pepsi y rebeldía, y, queriendo ser ciudadanos globales, sólo son subciudadanos yanquis. La hamburguer era la emancipación, el comer solo, a deshora y sin telediarios, el culto del yo erigido en cualquier gasolinera, el primer discurso del ego y la rebeldía frente al padre, la madre, Aznar, las máquinas de marcianos, el patinete navideño y el perro, que es un pelota y sólo quiere a la cocinera. La hamburguesa no viene de Hamburgo sino del nacionalismo imperialista yanqui, es un gallardete más del Imperio, entre la OTAN, los vaqueros, Solana, el uranio empobrecido, el plutonio enriquecido y la mediocridad inaugural de Bush.

A los chicos y las chicas hay que hacerles ciudadanos del Imperio desde pequeños, integrarles en aquella cultura macho, que es la del XXI. No por un asquito esponjiforme se va a perder nuestra «generación perdida», la que luego entra en el PP o en el PSOE con buen porte y buenos modales, como Zapatero, y no habla de oposición sino de colaboración. Como ya no tienen hamburguer, a Aznar le comen en la mano.

20 de enero, 2001

Bush II

En su toma de posesión, Bush promete más poder militar, menos impuestos y «compasión» con la pobreza. Es la tríada más reaccionaria que se ha lanzado nunca desde la butaca del mundo.

Bush quiere más poder militar porque no se ha enterado —es un provinciano— de que todo el poder militar del universo es suyo. ¿Poder militar contra qué, contra quién, cuando USA lleva globalmente la gendarmería del oro, del petróleo y de la muerte? Lo que quiere decir Bush, realmente, es que la industria armamentista es clave en la economía americana, y que así va a haber más trabajo para todos, más comercio y más dinero. Clinton, consciente también de esta prioridad de una industria bélica, encaminó sus miras hacia el cielo, o sea la conquista del espacio, que también es cara pero no hace daño a nadie ni precisa de andar declarando guerras a cualquier moro que se ha sentado a cagar en la raya de una frontera. De modo que en el ánimo de Bush, a más del cálculo económico, hay un plus de afición por la guerra, de gusto militar por los muertos, que si son compatriotas se les glorifica y si son enemigos se les reboza en uranio empobrecido, como una croqueta nuclear.

En su segundo deseo («pide un deseo», dicen ahora los imbéciles), Bush habla de menos impuestos, pero de eso hablan todos los presidentes en todas las tomas de posesión. Incluso hablan de rebajar impuestos los presidentes que efectivamente van a rebajarlos. Es un parrafito que

compone y completa la tríada. Luego, los impuestos suben o bajan, o cambian de nombre, eso ya da igual.

Finalmente, Bush II no se olvida de la pobreza nacional, que también la hay, y para ella pide «compasión». O Bush es un cínico que se ignora a sí mismo o Bush es tonto de percal. Para la pobreza, hoy, se pide solidaridad, revolución, dinero, comida, ayuda, justicia, reparto, pero eso de curar la pobreza con la compasión se quedó en las Adoratrices, las Oblatas, las de la Adoración Reparadora y otros gineceos de Dios que hoy tienen su equivalente en las plurales sectas religiosas de Estados Unidos. Desde la presidencia del Imperio, lo más que se pide para la pobreza es compasión, o sea una jaculatoria y unos centavos, y vamos de prisa que nos van a cerrar el Banco. Siempre habíamos pensado que Bush II era tonto, pero un tonto de la especie amarraco, con la nariz y la boca hacia adentro, como pájaro piparro con corbata. Ahora nos entra el picapica de si será un cínico de vuelo corto, un ágrafo que no conoce el valor de las palabras o un vaquero sureño que ni siquiera ha ganado las elecciones y que no es sino el aborto de un fraude contable.

Bush II principia mal su reinado, como era previsible, y su primer discurso gubernamental está hecho con un pastel de sangre bélica, una promesa económica, demagógica y ambigua y un inefable canto a la compasión. Cuando las tres cuartas partes del mundo se mueren de hambre —también en su país—, para la pobreza no se le ocurre mejor remedio, ni siquiera retóricamente, que la compasión. Es un mediocre y un malvado. No sé en qué orden, pero es un malvado y un mediocre.

22 de enero, 2001

El "Enterprise"

El Enterprise es uno de los mayores portaaviones de USA. Ya hubo otro Enterprise, de memoria romántica, en los años 40, que se lo llevó el mar así como en una fábula de Conrad. El Enterprise, con su leyenda y sus mil cañones por banda, puede avvicindarse en Rota, como otras lanchas de la OTAN, porque a la novia del comodoro le ha gustado Cádiz.

La información oficial u oficiosa dice que la base de Rota se convertiría en centro de reparaciones de la Flota, lo que parece asegurar la paz gaditana, pero no es más que una disculpa, claro, para aparcar los grandes monstruos marinos del Imperio, y donde serían atacados por otros grandes monstruos marinos de otro Imperio, si lo hubiere, mas parece que no lo hay. A lo mejor todo es una ideíca que traía en la cabeza Bush II, y la ha puesto en práctica nada más llegar. Rota se convertiría así en el broche militar del Mediterráneo, lo que puede hacer de España «nación más favorecida en materia industrial», según leo en La Razón, privilegio que nos iguala con Canadá y Reino Unido. Todo muy a celebrar con champán para los almirantes y cava para los grumetes, que lo que trae el Enterprise es la nueva sociedad de clases, muy parecida a la anterior.

Como contrapartida se incrementarían las ventas a Estados Unidos de armamento fabricado en España, o sea la famosa Star, pistola bilbaína que sale ya en la historia de Sacco y Vanzetti, años veinte. Y ahora es cuando el PSOE comprende por qué un Aznar sonriente y embalado anuncia a

los yogurines del PP, capitaneados por la morena Mari Carmen Fúnez, 10 años más de Gobierno del PP, incluido él, que de irse nada, ahora que tiene de escolta al Enterprise, y hace bien.

El presidente está muy puesto y ha sabido aprovechar las concomitancias del PSOE con la OTAN, concomitancias que los socialistas dejaron en la palmadita de espalda y la sonrisa de giocondo de Solana, pero que Aznar, sin complejos, está llevando hasta las últimas consecuencias, lleno de confianza en la mar, camino innumerable, y pidiendo reelección y bronca en cada esquina rosada. Aznar tiene sobre el PSOE la ventaja de que cree en la OTAN, mientras que los otros se limitaban a tolerarla, llenos de rubor. Se habían traicionado a sí mismos, se volvieron incoherentes con su pasado, mientras que Aznar retoma el ancla de los grandes destróyer liberales y no surca el mar sino vuela. Aznar y sus economistas tienen una única ventaja moral sobre la socialdemocracia de pana y honra: que son coherentes con lo suyo, que es lo que hoy mola pepsicola, y no tienen complejo de derecha ni nidos de cigüeña en los huevos.

Muchos medios dan el resurgir tranquilo y planchado de Aznar sin entender nada, pero el secreto está en el Enterprise, que es el Caballo de Troya del Imperio y ha elegido la sombra morada de Rota, la paz albertiana de Cádiz, para echar un sueño imperial y vencedor, mientras la mano de obra andaluza le aprieta los tornillos a la nova navis del Ulises atómico. Lo del uranio empobrecido vendrá luego, calma, que habrá para todos.

23 de enero, 2001

Bush se va a la guerra (fría)

El presidente Bush confirma que Estados Unidos desplegará un sistema para destruir misiles en vuelo. Eso es como cazar moscas a periodicazos. Bush alega que el escudo es necesario porque hoy día el mundo es «menos previsible». Habiendo un Bush en la presidencia, todo es menos previsible, salvo la guerra, como habiendo un Clinton todo era menos previsible, salvo las becarias.

Cuando ya lo tienen todo montado, el yanqui promete enviar equipos de consulta a Europa para conseguir su asentimiento. Bush acaba de inventar la guerra fría, que ya padecemos durante muchos años, y que, como tengo escrito más de una vez, fue sólo la guerra del miedo, la congelación en bloques del miedo universal, que es lo que más abriga y defiende al hombre. Volveremos, pues, a ser escasos y felices, medrosos e inexistentes, pero mambiseros. El señor Putin no está dispuesto a tolerar ese cazamoscas atómico de Bush y los comunistas chinos, que son millones, ya se han sumado a la protesta contra Estados Unidos. Las dos geografías de una guerra fría, gélida, se están configurando rápidamente, con lo que volverá la paz de los 50/60, ambientada por movidas juveniles como la de Mayo/68, el Movidón madrileño, la mortandad estudiantil de México y la lucha unipersonal de Fraga contra los estudiantes, con mucho retrato ecuestre de grises y estudiantinas azotadas en la culera del vaquero por los maderos y la pasma, con sospechosa aplicación lujuriosa contra el FRAP.

La guerra fría consiste en que dos grandes colosos (ahora tres, con el protagonismo de China, que antes era mera-

mente maoísta y lírico) se enfrentan con las espadas nucleares en alto, escenificando una guerra que nunca tuvo ni tendrá lugar, ya que sólo se trata de vivir el éxtasis del miedo, o sea el miedo recíproco. El equilibrio del terror es el único equilibrio estable a que ha llegado la humanidad, y unos cuantos de nosotros lo hemos vivido y disfrutado. Que le pregunten a Raúl del Pozo lo feliz que era con su miedo.

Ya antes se habían intentado otros equilibrios, como el equilibrio ser/pensar (Descartes), el equilibrio ser/pesar (Newton) o el equilibrio pesar/viajar: energía (Einstein). Pero todo eso no era más que literatura. El verdadero equilibrio de los mundos lo mantuvieron Eisenhower, Kennedy y el estalinismo, del 45 hasta Wojtyla, un Papa que puso a todos los ferroviarios de Polonia en un plato de la balanza, y pesaron más que esos mismos ferroviarios rojos en el otro plato, como que efectivamente eran los mismos. Misterios de la Santísima Trinidad. Dada la bondadosa condición del ser humano, no es concebible otro equilibrio amoroso que el equilibrio del terror.

Y digo «amoroso» porque este equilibrio del amor político sirve también para el amor matrimonial o doméstico. Cuando se rompe el tan cantado equilibrio, un sesentón mata a su esposa con el molinillo de tostar café y el señor Bush levanta un «escudo» nuclear para cazar moscas/misil con un papel matamoscas de aquellos que colgaban del techo en los veranos de la posguerra. El equilibrio del terror puede durar años, siglos, con lo que ya viviremos y ligaremos tranquilos hasta la próxima guerra, que además será fría.

4 de mayo 2001